

(en serio) en las obras de, digamos, Tablada, Alfonso Reyes y Ramón López Velarde, por no recordar a Pellicer o a los Contemporáneos.

De lo que se trataba en el fondo era de fortalecer a como diera lugar este equívoco interesado en el sentido de que el estro de estos dentistas fue "la más vigorosa de nuestras vanguardias". Lo único que distinguió a la "vanguardia" de los estridentistas fueron dos cosas: 1) la bulla de unas proclamas que hicieron pastiches de los manifiestos rusos o italianos o brasileños (los "klaxonistas" de Sao Paulo), y 2) la mediocre literatura que pergeñaron para sustentarlas. Pues como resume Carlos Monsiváis, los estridentistas crearon las apariencias de una vanguardia y manifestaron las exigencias de una inquisición y con el tiempo sus torpes maniobras se incluyen en los terrenos del humorismo involuntario, pero, en cierto modo, se han enriquecido con los encantos de lo patético... (fueron) víctimas de esa arrogante credulidad que caracteriza a toda bohemia de provincia... (escribieron) la prosa más increíble que se ha escrito en un país tan habituado al exceso... Sólo la ingenuidad de List Arzubide pudo llegar a estas vanas conclusiones: *el estridentismo se llama así por el ruido que levantó a su alrededor...* (encarnaron) el arrobo pueril de estas fastidiosas regresiones románticas...\*

Me parece bien que sus amigos celebren a un señor de casi cien años de edad que alguna vez ensayó hacer poesía y alguna vez se las dio de socialista; no así que se haga en nombre de una literatura a la que el festejado no aportó nada. Un poeta de cien años, decorado por una leyenda política, es

\* En su prólogo a la *Antología de la poesía mexicana del Siglo XX*, Empresas Editoriales, 1966, pp. 48-50

un lujo para nuestra propensión al sentimentalismo. Desde luego, nada se dijo sobre la forma en la que los estridentistas se inscribieron en las nóminas del general Jara en Veracruz; ni de la forma en la que coincidieron con las actividades del Comité de Salud Pública que en la década de los treinta vigilaba la "pureza ideológica" de los escritores; ni de la forma en la que persiguieron a otros poetas por el hecho de ser homosexuales. Un velo de pureza ideológica y de oportuna amnesia ensalzó al nuevo beato.

Después de su breve bullanga, la prosa de los estridentistas se moderó en la cabal redacción de delaciones políticas y de solicitudes de aumento de sueldo. El mole de guajolote al que habían lanzado vivas estentóreas se espesó en sus plumas (las de ellos). No dejaron ni escuela, ni tradición, ni nada. Dejaron eso sí, como lo comprueba este oportuno premio, una leyenda que aún atiza los ánimos encendidos de una pléyade de candorosos justicieristas para los que, al otorgarle el premio a List, "México se premia a sí mismo". Así sea. <

GUILLERMO SHERIDAN

## BORGES, GIBBON Y EL KORÁN



“El escritor argentino y la tradición” fue el título de la conferencia que Borges dictó en el Colegio Libre de Estudios Superiores, de Buenos Aires, el 19 de diciembre de 1951. Fue una clase oral, pero su versión taquigráfica apareció a comienzos de 1953 en el volumen XLII (Nos. 250-251-252) de *Cursos y Conferencias*, revista del colegio en la

que Borges había colaborado dos años antes con su famoso estudio sobre Hawthorne, leído allí en marzo de 1949.

Sin duda, Borges revisó el texto de “El escritor argentino y la tradición” antes de entregarlo a la revista. Al reeditar *Discusión*, en 1957, lo incluyó con correcciones que no modifican sus memorables argumentos contra el nacionalismo literario, que es su tema, pero sí revelan una suerte de taller de esa escritura: supresiones de énfasis, leves desplazamientos verbales, eliminaciones de frases, siempre felices y ejemplares.

Ningún lector de Borges ignora ese ensayo, citado a menudo en diversos debates y estudios. No hace falta, pues, detenerse en un comentario destinado a derivar en mera e insuficiente glosa. Mi propósito es sólo anotar una astucia de esas páginas (astucia es palabra que usa Borges en su ensayo para declarar lo que él entiende como un error de Ricardo Rojas en su juicio sobre la poesía gauchesca). Se trata de un párrafo central, que no pretende serlo y que sin embargo convierte en irrefutable el desprestigio del color local, “culto europeo —como señala Borges— que los nacionalistas deberían rechazar por foráneo”. Estas son las palabras que siguen a esa línea lapidaria:

He encontrado días pasados una curiosa confirmación de que lo verdaderamente nativo suele y puede prescindir del color local; encontré esta confirmación en la *Historia de la declinación y caída del Imperio Romano* de Gibbon. Gibbon observa que en el libro árabe por excelencia, en el *Alcorán*, no hay camellos; yo creo que si hubiera alguna duda sobre la autenticidad del *Alcorán*, bastaría esta ausencia de camellos para probar que es árabe. Fue escrito por Mahoma, y Mahoma, como árabe, no tenía por qué saber que los camellos eran especialmente

árabes; eran para él parte de la realidad, no tenía por qué distinguirlos; en cambio, un falsario, un turista, un nacionalista árabe, lo primero que hubiera hecho es prodigar camellos, caravanas de camellos en cada página; pero Mahoma, como árabe, estaba tranquilo: sabía que podía ser árabe sin camellos. Creo que los argentinos podemos parecernos a Mahoma, podemos creer en la posibilidad de ser argentinos sin abundar en color local.

Tampoco ignoran los lectores de Borges su familiaridad con *El Korán* y con la obra de Gibbon; las pruebas son muchas y se pueden ver en sugestivos epígrafes ("El milagro secreto", "Abenja-cán el Bojarí, muerto en su laberinto"); en numerosas citas (*Ev-aristo Carriego*, I, "La postulación de la realidad", "Historia del guerrero y la cautiva", "El Zahir", "Del culto de los libros", en conferencias sobre "La Cábala" y "El libro"), y en el prólogo a *Páginas de historia y de autobiografía*, de E. Gibbon (1961), reproducido en las recopilaciones *Prólogos y Biblioteca personal*.

Esa familiaridad y la precisión de las menciones señaladas confieren especial valor a la lectura de Gibbon y de *El Korán* que Borges propone en un lugar tan estratégico del ensayo. Es un ejemplo indiscutible —como el final del cuento *Emma Zunz*— que él atrae con habilidad consumada, porque en un sentido esencial su afirmación es verdadera: "... la posibilidad de ser argentinos [agrego, latinoamericanos] sin abundar en color local".

Pero el ejemplo es "una astucia" por dos razones: porque si es cierto que *El Korán* no prodiga camellos tampoco los omite, y porque la observación de Gibbon corresponde a otro contexto y no dice que "en el *Alcorán* no hay camellos". Estos aparecen en varios lugares de este libro, y siem-

pre significativamente. Mencionaré sólo algunos: en la Azora VI, titulada "El ganado", la aleya o versículo 145 enumera: "Y de los camellos, dos, dos hembras, de las vacas, dos..."; la referencia a "la camella de Alá [que] será para vosotros signo" (VII, 71), y que fue desjarretada por los infieles (VII, 75), recurre en XI, 67; XXVI, 155-157; LIV, 27-29. En LIX, 6 se lee: "Y lo que concedió del botín Alá a su Enviado, de ellos, no corristeis sobre los corceles o camellos"; hacia el final (LXXXVIII, 17) se formula esta pregunta clave para los creyentes: "¿Es que no miran al camello, cómo fue creado?"

Esas y otras apariciones del camello en *El Korán* no podían pasar inadvertidas para Gibbon, hasta el punto de negar una presencia tan visible. Y ciertamente no la niega. Cuando dice, en efecto, que Mahoma no lo menciona, se refiere a las preferencias alimentarias del profeta. Esto ocurre en la nota 13 del extenso capítulo L de *Declinación y caída del Imperio Romano*, dedicado a la descripción de Arabia y al minucioso relato de la vida de Mahoma. El contexto de la nota 13 es éste:

In the sands of Africa and Arabia the camel [el subrayado es de E.G.] is a sac red and precious gift. That strong and patient beast of burden can perform, without eating or drinking, a journey of several days; and a reservoir of fresh water is preserved in a large bag, a fifth stomach of the animal, whose body is imprinted with the marks of servitude: the larger bred is capable of transporting a weight of a thousand pounds; [...] Alive or dead, almost every part of the camel is serviceable to man: her milk is plentiful and nutritious: the young and tender flesh has the taste of veal... etc.

En ese punto, la nota al pie de página lee: "Mohammed himself,

who was fond of milk, prefers the cow, and does not even mention the camel; but the diet of Mecca and Medina was already more luxurious".

Hay todavía otro detalle en el ensayo de Borges que llama la atención. Ahora es un desliz bibliográfico menor, que bien podría no ser tal desliz sino un olvido voluntario para convencer a su auditor o lector con la constancia de una prueba personal. Dijo Borges en su conferencia de 1951, y así ha quedado en los textos sucesivos: "... hará un año, escribí una historia que se llama *La muerte y la brújula*, que es una suerte de pesadilla [...]; publicada en esa historia, mis amigos me dijeron que al fin habían encontrado en lo que yo escribía el sabor de las afueras de Buenos Aires. Precisamente porque no me había propuesto encontrar ese sabor, porque me había abandonado al sueño, pude lograr, al cabo de tantos años, lo que antes busqué en vano".

Según esto, el cuento habría sido escrito en 1950 y, para refutar al tiempo, fechado en 1942 y publicado en *Ficciones* en 1944. (Tengo presente que en 1951 apareció una antología del autor con el título de ese cuento —Emecé Editores—, lo que atenúa o explica el error; pero es raro que Borges mantuviera esta línea: "... hará un año, escribí una historia.." en un texto cuidado con tanto esmero).

He cotejado las siguientes versiones de *El Korán*: Traducción, prólogo y notas de Rafael Cansinos Asséns. 5a ed., Madrid, Aguilar, 1963.

*The Glorious Qur-ān*. Text and explanatory translation by Muhammad M. Pickthall. New York, Muslim World League, 1977. (Edición bilingüe árabe-inglés).

*The Holy Qur'ān*. Arabic text

and English translation by The late Maulawi Sher'Ali. Pakistan/U.S.A., The Oriental and Religion Publishing Corporation Ltd., 1979.

Las tres versiones son, sin duda, fieles al original; a veces difieren algo en la numeración de las aleyas porque las ediciones bilingües incorporan la invocación inicial del capítulo como primer versículo, o por algunas divisiones de éstos. La traducción castellana de R. Cansinos Asséns trae sabias y utilísimas notas. Después de leerla se comparte aún más la duradera admiración de Borges, resumida en los versos finales del poema que le dedicó en *El otro, el mismo*: "Acompáñeme siempre su memoria;/ Las otras cosas las dirá la gloria".

Las citas de *The Decline and Fall of the Roman Empire*, de Edward Gibbon, proceden de la edición de New York, Random House, Inc., 1932, 2 vols. (*The Modern Library*). <

PEDRO LASTRA

## DAVID ROUSSET (1912-1997)



"En 1947 leía yo", cuenta Octavio Paz, "con frío en el alma la obra de David Rousset sobre los campos de concentración de Hitler: *Los días de nuestra muerte*. El libro de Rousset me impresionó doblemente: era el relato de una víctima de los nazis pero asimismo era un lúcido análisis social y psicológico de ese universo aparte que son los campos de concentración del siglo XX. Dos años después Rousset publicó en la prensa francesa otra denuncia: la industria homicida prosperaba también en la Unión

Soviética. Muchos recibieron las revelaciones de Rousset con el mismo horror e incredulidad de aquel que de pronto descubre una lepra secreta en Venus Afrodita."

Rousset fue denunciado por los comunistas. Pierre Daix, otra víctima de los campos nazis, no sólo se negó a seguir el llamamiento de Rousset (*Le Figaro*, 12 de noviembre de 1949), donde invitaba a los antiguos prisioneros de los alemanes a sumarse a la denuncia del otro totalitarismo. Daix afirmó que "los campos de Stalin eran el remate de la supresión completa de la explotación del hombre por el hombre." Sartre y Merleau-Ponty (*Les temps modernes*, enero y junio de 1950) realizaron una oprobiosa pirueta: admitieron la veracidad de las denuncias de Rousset —conocidas por tantos intelectuales desde los años treinta— pero las justificaron en nombre de la Historia. Más tarde, Pierre Daix y Merleau-Ponty rectificaron con honradez y vergüenza. Sartre tardó todavía otros treinta años, tras coquetear con Castro y los maofistas, para admitir lo que hoy es una realidad incontestable y estremecedora: llámesele como se le llame, el sistema soviético fue el universo concentracionario más perverso y duradero de la historia. Entre quienes respondieron de inmediato y con hechos el grito solitario de David Rousset estuvo Octavio Paz, entonces un poeta de 37 años que había llegado a París tras la Segunda Guerra. Desde allí envió una nota a la revista *Sur* (marzo de 1951) que reunía una selección documental de los testimonios de Rousset, quien ya entonces había denunciado por difamación al semanario *Les Lettres Françaises*, donde Daix y su patrón (el poeta Louis Aragon) lo acusaban de falsario y agente del imperialismo norteamericano.

Seguiría escribir la crónica de aquellos que en plena guerra fría

atendieron a la súplica de Rousset y siendo muchos de ellos comunistas, documentaron su doble estancia en los infiernos de Hitler y Stalin. Ambos tiranos durante la vigencia del pacto germano soviético (1939-1941), intercambiaban pesos políticos como una muestra de macabra cortesía. No pocos de quienes habían encontrado asilo en la URSS fueron devueltos a la Gestapo.

David Rousset murió en París el pasado 14 de diciembre de 1997, reuniendo el honor de haber combatido con idéntico valor intelectual y congruencia a los nazis y a los soviéticos: no hay tribunal de la Historia que valga ante la doble moral que condena un infierno para justificar otro. Rousset militó desde joven en la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO), donde contactó con el trostkismo. Sobreviviente de Buchenwald, participó en la Resistencia, y tras la guerra ganó el Premio Renaudot con *El Universo concentracionario*. Acaso con ese título bautizó al siglo XX. Fueron pocos, como Arthur Koestler u Octavio Paz, quienes se atrevieron a recibir esa agua helada como una purificación. Desde 1951, el poeta mexicano no ha cesado de denunciar y analizar una tragedia que apenas después de 1989 ha entrado en los libros de texto y en las asignaturas académicas: la correspondencia histórica, política y moral entre ambos sistemas, que siguen gozando de simpatías tanto en las calles de Leipzig como en las ergástulas revolucionarias de América Latina.

Octavio Paz recuerda que su denuncia en *Sur*, publicada gracias a la entereza moral de Victoria Ocampo, fue recibida con el silencio público, pero que se "recrudeció la campaña de insinuaciones y alusiones torcidas comenzada unos años antes por Neruda y sus amigos mexicanos."